



MEGAN MAXWELL

Las guerreras Maxwell, 10

UNA HERENCIA SALVAJE

*Las guerreras Maxwell, 10.
Una herencia salvaje*

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

© Megan Maxwell, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Imagen de la cubierta: José Luis Paniagua
© Fotografía de la autora: Alejandra Vera Matos

Primera edición: febrero de 2025
ISBN: 978-84-08-29828-1
Depósito legal: B. 1.047-2025
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Capítulo 1



Castillo de Eilean Donan, Escocia

Habían transcurrido varios meses desde Navidad, y, un año más, la familia McRae al completo la había disfrutado.

En esta ocasión había sido muy especial, pues a ellos se les habían unido Alan McGregor, el flamante esposo de Johanna, la hija mayor del laird Duncan y lady Megan McRae. Alan era un joven abierto y divertido que, para deleite de sus suegros, demostraba su amor hacia su esposa y hacia ellos sin importarle el qué dirán. Algo de mucho valor, pues si había una cosa que ambos habían deseado siempre era que sus hijas encontraran el verdadero amor en su camino.

Duncan McRae estaba sentado en su despacho pensando en ello mientras observaba el crepitar del fuego en la chimenea cuando de pronto la puerta se abrió y apareció su esposa, Megan, su gran amor.

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

—¿La añoranza puede contigo? —insistió ella sentándose en su regazo.

Duncan al final asintió. Si había alguien con quien podía ser él mismo y hablar abiertamente de lo que fuera era su preciosa Megan.

—Todavía no entiendo cómo ha podido pasar tan rápido el tiempo —musitó mirándola.

Ella sonrió al oírlo, y Duncan prosiguió:

—Hace nada, Johanna y Amanda correteaban por aquí volviéndome loco y haciendo trastadas, y ahora...

—A ver, cariño —lo cortó su mujer—. Si lo que te preocupa es que Amanda y Johanna ya no hagan más trastadas, olvidalo..., porque ¡eso nunca ocurrirá!

Ambos sonrieron por aquello y, acto seguido, Megan indicó:

—Da igual la edad que tengan. Nuestras hijas tienen un carácter especial, por lo que estoy segura de que, para tu fastidio, trastadas seguirán cometiendo.

—Lo sé. —Duncan rio sin poder remediarlo.

—Y tranquilo, papito. Tu niña y su marido vendrán de visita, y Amanda todavía sigue aquí.

—Sí, pero ¿hasta cuándo? —preguntó el guerrero.

—Hasta que aparezca ojitos grises —se mofó Megan.

Al ver su sonrisa, Duncan la besó con amor y, una vez que el beso acabó, ella susurró divertida:

—Cuando no estén, prometo hacer trastadas para que tu vida sea más intensa y desesperante.

—¡Lo exijo! —bromeó Duncan.

Tras besar de nuevo a la mujer que lo había enamorado locamente desde el primer instante en que la vio, el guerrero se dispuso a hablar cuando ella se le adelantó:

—¿Sabes?

—¿Qué?

—Creo que no tardaremos mucho en tener correteando por aquí a un pequeño o dos, o tres... Solo hay que ver cómo se miran Johanna y Alan para saber que...

—Mujerrr...

Megan sonrió al oír el gruñido de su esposo.

—A ver, Halcón... —cuchicheó mirándolo—. Tu hija ya está casada. Tiene un marido. Y, por lo que sabemos y hemos oído, en el lecho lo pasan bastante bien...

—¡Megan! ¡Para!

—Y Amanda...

—Por san Ninian, mujer, ¡basta ya!

Ella sonrió. A pesar de poder hablar de cualquier tema con

Duncan, todo lo relacionado con el sexo con respecto a sus hijas le daba cierto pudor. Así pues, tras levantarse, se dirigió hacia la puerta y, abriéndola, finalizó:

—De acuerdo. No diré nada más... Pero que sepas que todo lo bien que tú y yo lo pasamos en el lecho y las cosas que hacemos, ¡ellas las harán también!

—¡Megannnn! —rugió él.

Y, sin más, la aludida salió sonriendo de la estancia mientras Duncan maldecía. Estaba claro que su mujer no se iba a callar. Y estaba claro que, a pesar de que le costase hablar de ello, él quería que sus hijas fueran felices y dichosas en todos los sentidos. Incluido el lecho...

Seguía pensando en ello cuando la puerta del despacho volvió a abrirse y entraron Ewen y Myles, sus amigos y hombres de confianza de toda la vida. Durante un rato estuvieron charlando, hasta que la puerta se abrió de nuevo y aparecieron Lorenzo Gordon y su hijo Damien. Esa mañana tenían una reunión para hablar del negocio de las ovejas, pues la lana del ganado de Duncan era muy apreciada en toda Escocia. Y, una vez que sellaron el pacto con un apretón de manos, Ewen se marchó, y Duncan y Myles sirvieron unas cervezas y se interesaron por la familia Gordon.

Los cuatro hombres charlaron animadamente durante un rato, hasta que la puerta del despacho se abrió y ante ellos apareció Amanda, la hija pequeña de Duncan. Morena. Racial como su madre.

—A ver cómo os lo cuento... —dijo mirándolos.

—Miedo me da —susurró Myles.

—¿Qué has hecho? —inquirió su padre.

—Algo me dice que su especialidad —se mofó Myles conteniendo una sonrisa.

La joven trató de no sonreír mientras miraba a aquellos, que la observaban. Su impulsividad a la hora de hacer o decir lo que en ocasiones debería callar era conocida por todos. Y en ese momento entró tras ella el hijo pequeño de Lorenzo Gordon, Arnold. Llevaba la boca ensangrentada, y rápidamente dijo señalándola:

—¡La muy bruta me ha agredido!

—¿A que te atizo otra vez? —soltó ella.

—¡Amanda! —exclamó Duncan.

Enseguida todos se levantaron de sus sillas para atender al muchacho. Y cuando Duncan miró a su hija en busca de una explicación, ella, con gesto ofuscado y sin mirar a su padre, inquirió sacándose la espada del cinturón:

—Mira, sabandija..., no empieces por el final. Si lo cuentas, sé un maldito hombre y cuéntalo bien desde el principio.

—Ha sido un malentendido —aseguró Arnold.

—¡Pero ¿tú eres tonto?! —gritó la joven.

Molesto, el muchacho la miró y siseó:

—¡Yo no soy tonto!

—Pues no digas tonterías —replicó ella.

Arnold negó con la cabeza, y Amanda, al ver que todos la miraban, aclaró mientras volvía a guardarse la espada:

—Vale, lo admito... Efectivamente, lo he golpeado con todas mis ganas, pero...

—¡Amanda! —protestó Duncan.

—Papá, le estaba enseñando a *Dalmore* en las caballerizas y, de pronto, el muy cerdo se me ha abalanzado y ha intentado propagarse poniendo la mano en mi trasero. ¿Qué querías que hiciera?

Las miradas se centraron ahora en Arnold. Duncan cambió la expresión por otra menos conciliadora, cuando Ewen, junto a otro hombre, entró en la estancia y afirmó:

—Amanda tiene razón. Yo lo he visto. Como lo ha visto Pach, vuestro hombre de confianza, Lorenzo.

Lorenzo y su hijo Damien miraron a Pach, que, con gesto serio y sin dudarlo, asintió con la cabeza.

—Arnold —inquirió Lorenzo con expresión tensa—, ¿qué tienes que decir al respecto?

El joven guerrero, acostumbrado a salirse siempre con la suya con respecto a las mujeres, no respondió, y su hermano Damien, con gesto incómodo, siseó:

—Es la palabra de tres personas contra la tuya... ¡Contesta!

Arnold tomó aire. Lo ocurrido lo avergonzaba al tiempo que lo enfadaba. ¿Cómo había reaccionado así aquella muchacha, si él era irresistible? Y, viendo que era imposible negarlo, respondió:

—Creía entender que...

—¿Creías entender? —lo cortó Amanda—. ¿Qué creías entender, maldito patán?

Todos aguardaron una respuesta en silencio por parte de Arnold y, como esta no llegaba, finalmente Amanda indicó acercándose de nuevo a él:

—A partir de ahora piensa un poco más lo que creas entender, porque partirte la boca es lo menos que he podido hacer, ¡sabandija! Y que te queden muy claras dos cosas. La primera: a mí me gustan los hombres, no los niños. Y la segunda: que una mujer hable y sonría no quiere decir que desee intimidad contigo. —Acto seguido se sacó un pañuelo del bolsillo de su chaleco y, tendiéndoselo, añadió—: Anda, límpiate esa sangre y pídemle disculpas.

—¡¿Qué?!

—Lo que has oído, ¿o acaso ahora también eres sordo, además de tonto? —insistió la joven.

—Muchacha...

—Lorenzo —lo interrumpió Duncan—, ¿acaso crees que lo que pide mi hija no es lo que toca?

El aludido resopló. Llevarse mal con el Halcón nunca era bueno, y, entendiendo sus palabras, ordenó dirigiéndose a su hijo:

—¡Pide disculpas!

Los hombres los observaron en silencio mientras Amanda era consciente de que las comisuras de la boca de su padre se elevaban tímidamente en una sonrisa.

—Hermano —intervino entonces Damien Gordon—, ¿a qué esperas?

Lorenzo resopló, cansado de las tonterías de su hijo menor. No era la primera vez que algo así ocurría.

—¡Hazlo, maldita sea, Arnold! —exigió con voz de «orden y mando».

El aludido cogió el pañuelo que Amanda le tendía, se limpió la sangre que brotaba del labio partido y, consciente de que de allí no iba a salir sin hacer lo que le pedían, murmuró:

—Os pido disculpas, lady Amanda.

La aludida asintió y respondió con jovialidad:

—¡Disculpado!

Todos guardaron silencio, hasta que Lorenzo, mirando a un ofuscado Duncan, murmuró:

—Siento que mi hijo...

—Las disculpas ya las ha pedido quien tenía que pedir las —lo cortó él—. Tranquilo, amigo, que entre nosotros todo está bien —añadió fulminando a Arnold con la mirada.

Ambos se estrecharon la mano con la cordialidad que siempre había existido entre ellos. Minutos después, Lorenzo, Damien y Arnold se marcharon; Duncan iba a hablar cuando Myles, que se había mantenido en silencio hasta el momento, se movió:

—Muy bien, muchacha...

—Ni te imaginas el derechazo que le ha dado —comentó Ewen divertido.

Amanda sonrió.

—Pues porque ha caído para atrás —señaló—, porque tras el derechazo iba el izquierdazo y...

—¡Amanda!

—Papi..., se lo merecía sí o sí. ¿O acaso crees que no?

Duncan resopló. Ver a aquellos tres reír hizo que finalmente sonriera él también. Si algo había enseñado a sus hijas Johanna y Amanda era a defenderse de quienes se tomaran ciertas libertades, y estaba claro que aquel imbécil se las había tomado, por lo que dijo:

—Has hecho bien, mi cielo. Pero esa manía tuya de decir lo que...

—Es mi especialidad..., ¿qué quieres?

De nuevo todos sonrieron y, acto seguido, el guerrero afirmó mirando a su hija con amor:

—Como ha pronosticado tu madre, seguirás volviéndome loco con tus trastadas.

—Lo pronostico yo también —soltó Ewen.

Amanda levantó las cejas al oír eso, y su padre, abrazándola, añadió:

—Dicho esto..., has hecho lo que tenías que hacer. Quien te toque sin tu consentimiento que se atenga a las consecuencias, tanto por tu parte como por la mía.

Capítulo 2



Esa noche, durante la cena, Duncan y Megan charlaban y reían con Amanda mientras comentaban lo sucedido con el pequeño de los Gordon.

—*Dalmore*, tu caballo, me inquieta —comentó el laird en un momento dado.

—¿Por qué?

—Porque es muy osado. No ve el peligro y...

—Papá, ¡pero si eso es lo ideal!

—Amanda, ¡por san Ninian!

—Son tal para cual —afirmó Megan divertida.

Duncan resopló y ella miró a su marido.

—Cariño, *Dalmore* es un excelente caballo —dijo sonriendo—. Solo es joven, pero aprenderá. ¿Y con quién mejor que con Amanda?

Él suspiró. Aquel caballo tenía la misma osadía que su hija.

—No estoy convencido de ello —repuso.

—Lo que te pasa es que no le perdonas que te marcara en el hombro —cuchicheó Amanda poniendo los ojos en blanco.

Al recordar aquello, el guerrero miró a su hija.

—Ningún caballo se ha atrevido nunca a mordirme —indicó.

—No te mordió..., ¡te marcó! —apostilló Megan.

Duncan resopló al oír eso, y Amanda, tras intercambiar una mirada cómplice con su madre, indicó:

—Papito..., sabes tan bien como yo que si hay algo que *Dalmore* no soporta son los gruñidos y los chillidos. Eso lo saca de sus casillas.

Megan soltó una carcajada. Lo ocurrido aquel día había sido gracioso. Amanda hizo una de las suyas con el caballo; Duncan, enfurecido, la regañó con chillidos y el caballo simplemente lo marcó.

Al final el guerrero, al ver a su mujer reír, sonrió a su vez.

—A ver, papá..., *Dalmore* ¡es *Dalmore*! —agregó Amanda.

Él asintió, pero añadió mirándola:

—*Cara*, tu antigua yegua, me daba otra seguridad.

—Papá, *Cara*, que curiosamente es la madre de *Dalmore*, fue una excelente yegua para mí durante dieciséis años y siempre estará en mi corazón. Pero *Dalmore* apenas tiene tres, y aún le queda mucho por aprender. Y, te guste o no, ¡su impetuosidad a mí me encanta! Porque es como yo, pero en caballo.

Duncan cabeceó. No podría haberlo descrito mejor.

—Ten cuidado, *Dalmore* —musitó acto seguido.

Se quedaron unos segundos en silencio, hasta que la joven comentó:

—Esta tarde he visto a Serena y a Lindsey y me han dicho que su padre está mejor.

—¡Qué excelente noticia! —exclamó Megan.

Duncan asintió. Que su gente estuviera atendida y bien era algo indispensable para él.

—Me alegro mucho por Claudio —señaló.

Los tres sonrieron y, acto seguido, el guerrero dijo:

—He recibido una misiva de Brodrick Fraser indicándome que ha regresado a Aviemore tras estar un tiempo en Dumfries. Le he respondido que iremos a presentarle nuestros respetos por lo sucedido.

Oír eso hizo que Megan y Amanda lo miraran. La esposa de aquel, Scarlett, una mujer rara de narices, se había quitado la vida las Navidades pasadas, y el conde había decidido darle sepultura en Dumfries.

—¿Cuánto tiempo estará en el castillo de Aviemore? —preguntó Megan.

Duncan se encogió de hombros. El verano anterior, cuando Brodrick Fraser había estado en su hogar, le había contado que el

castillo de Aviemore no era su sitio. Su mujer no se adaptaba a él, y estaba pensando que solo lo utilizaría unos meses al año. Pero, al morir aquella, ignoraba cuáles serían los planes de Brodrick, por lo que respondió:

—No lo sé. Solo sé que de momento está ahí.

—Conocí poco a la condesa —susurró Megan—. Pero, con verla una sola vez, supe que nunca seríamos amigas.

—Menuda cara de rancia malvada tenía.

—¡Amanda, esa boca! —la regañó Duncan.

La joven, entendiendo que sus palabras en referencia a la fallecida no eran adecuadas, tras mirar de reojo a su madre, que hizo un movimiento con la cabeza que indicaba que pensaba lo mismo que ella, murmuró:

—Vale... Lo retiro.

—Era una mujer extraña y complicada —afirmó finalmente Duncan—. Ya lo decía Magnus Fraser en vida: «¡Esa mujer no le va a dar felicidad a mi hijo!». Pero Brodrick, por querer hacer una buena acción...

Megan y él intercambiaron una mirada, y Amanda cuchicheó:

—Sé de lo que hablas, papá. Tía Shelma nos contó el cotilleo que circulaba.

El laird asintió. El «cotilleo», que era conocido por todos, era que Brodrick se había casado con aquella mujer estando embarazada de otro hombre.

—Eso que él hizo por ella —añadió Amanda— me hace pensar que el conde es una buena persona.

—¡Y muy bobo! —apostilló Duncan.

—¡Papáááá!

—¡Duncan!

El guerrero, que precisamente corazón tenía, y mucho, repuso:

—A ver, amores, no pienso que Brodrick sea tonto en el sentido que imagináis. Lo que hizo por esa mujer y sus circunstancias fue admirable. Ese muchacho siempre me ha agradado. Pero lo que no es admirable en absoluto es la vida que ha llevado por...

—Lo hizo por el bebé que venía en camino —lo cortó Megan.

—Por Peyton —insistió Amanda recordando a la niña.

Su padre asintió. Entendía lo que ellas decían.

—Años de matrimonio viviendo angustias, engaños, reproches, inquietudes y mentiras... —indicó—, eso no es bueno para nadie.

—Ha de ser terrible —convino Megan.

Amanda y su madre se miraron. Entendían la postura de Duncan.

—Sabéis que aprecio a Brodrick —prosiguió él—, como apreciaba a Magnus, su padre, porque siempre los he considerado de la familia. Y en todo lo que pueda ayudarlo, ahí estaré. Pero en cuanto a lo que hizo casándose con esa rara mujer, sigo pensando como su padre. Fue muy tonto. Demasiado.

Los demás asintieron en silencio.

—Espero que cuando vayamos a darle las condolencias, su desagradable y estirada madre no esté allí —añadió Duncan.

Eso llamó la atención de Amanda, que preguntó:

—¿Tan tremenda es?

Él negó con la cabeza e indicó:

—Las pocas veces que la vi en el castillo de Roy Trust fue muy desagradable conmigo y con el abuelo. —Y, bajando la voz, añadió—: Es medio francesa.

—¿Y qué pasa porque sea medio francesa? ¿Acaso yo no soy medio inglesa? —protestó Megan, y, viendo que su marido la miraba, añadió—: Quizá era desagradable por a saber Dios qué razones, no por ser medio francesa.

Él miró a su mujer. Sabía que Magnus y aquella mujer no habían terminado bien.

—Razones o no, cuando uno tiene invitados en su hogar, ha de saber comportarse —indicó.

Como en muchas ocasiones, Duncan y Megan no estuvieron de acuerdo con aquello, mientras Amanda los escuchaba en silencio. Oír hablar del conde Brodrick, sin saber por qué, le aceleraba el corazón, y, mirando a sus padres, pidió:

—¿Podéis dejar de discutir?

—No discutimos, mi vida —repuso Megan—. Simplemente vemos ese tema desde distintos puntos de vista.

—Como siempre —matizó Duncan.

El guerrero y su esposa se miraron.

—Si vais a darle las condolencias que no habéis podido darle antes porque se marchó a Dumfries, quiero ir con vosotros —dijo la joven.

Duncan asintió con curiosidad, y Megan preguntó sorprendida:

—¿Quieres venir con nosotros a Aviemore?

—Sí.

La joven había conocido a Magnus Fraser, el padre de Brodrick. Era un hombre que siempre que iba a Eilean Donan se desvivía por Johanna y por ella, y su fallecimiento le había causado una pena terrible.

Por el contrario, a Brodrick y a su mujer los había conocido meses atrás, durante los festejos que sus padres organizaban anualmente en Eilean Donan. Había oído hablar a su padre y a Magnus de él y de su hermano Richard. Y, al igual que Scarlett le pareció amargada e insufrible, él le dio la impresión de ser un hombre muy agradable, además de un guerrero gallardo e interesante.

Inexplicablemente, al conocerlo se había sentido atraída por él, algo que nunca le había ocurrido antes con ningún hombre, pero de inmediato lo descartó. Primero porque estaba casado y, segundo, porque sus ojos no eran grises. Un sueño que tenía desde niña y que la hacía creer que el gris sería el color de los ojos de su amor.

—¿Por qué quieres acompañarnos para algo tan incómodo? —preguntó Duncan interesado.

—Porque siempre dices que los Fraser son de la familia, y cuando conocí a Brodrick me cayó bien.

Él asintió. Aquello que su hija decía era cierto.

—Además —añadió Amanda—, sabéis que mi punto débil son los niños, y él tiene dos. Y, bueno, a Ossian, el pequeñín, no lo conocí, pero a Peyton sí, y me gustaría volver a verla, y más aún tras lo sucedido con su madre.

Duncan y Megan intercambiaron una mirada. Los niños y los animales siempre habían sido la debilidad de su hija. Y, sin darle mayor importancia, el primero indicó:

—Pues no se hable más, mi vida. Vendrás con nosotros.

Al oír eso, y en especial al ver su mirada, Megan observó a su marido. Lo conocía muy bien y, cuando miraba así, sabía que algo pasaba por su mente.

—¿Cuándo creéis que podríamos viajar? —preguntó Amanda contenta.

—¿Qué os parece la semana que viene? —propuso Megan.

Duncan lo pensó; sin embargo, entendiendo que era precipitado, dijo:

—Mi vida, los viajes hay que planearlos y...

—Papi, por favor, ¡pero si lo que no se ha planeado es más divertido!

Oír eso hizo sonreír al guerrero. Amanda era como su mujer, impaciente e imprevisible.

—Está bien —murmuró, viendo como las dos lo miraban—. Hablaré con Ewen y Myles para organizar el viaje. Estaba pensando que podrían acompañarnos hasta Fort Augustus y que se quedaran allí para comprar las cosas que necesitamos.

Madre e hija se miraron emocionadas y luego la primera propuso:

—Ya que viajamos a Aviemore, ¿qué te parece pasar por Fort William para ver a Johanna?

—¡Oh, sí! —aplaudió Amanda.

Ya comenzaban a variar los planes... Ambas eran especialistas en aquello. Pero ir a ver a Johanna, aunque los desviaba un poco de su camino, le gustó a Duncan, que afirmó:

—Me parece una excelente idea. Seguro que Myles e Ewen también querrán acompañarnos.

Madre e hija se miraron de nuevo y sonrieron, y la primera musitó:

—Encargaré ese bizcocho que tanto le gusta a Johanna en la panadería para llevárselo junto a una buena olla del estofado de Marieta. Seguro que le encantará.

Amanda, emocionada por saber que iba a ver a su hermana, rápidamente se levantó y, acercándose a su padre, le acarició el rostro con mimo.

—¡Qué bonito eres, papito! —murmuró.

—Más bonita eres tú, mi vida —afirmó el guerrero, a quien de pronto se le había ocurrido algo que podría ser una gran solución.

* * *

Esa noche, cuando Amanda estaba en su habitación desenredándose el cabello mientras se miraba en el espejo, se observó con detenimiento. Su pelo oscuro, el rostro redondo, los labios carnosos y los ojos verdes como los de su hermana y su padre siempre habían llamado la atención; levantó el mentón y contempló su cuello fino y delicado.

Los hombres la deseaban. Lo veía en sus ojos y en la forma en que muchos la miraban.

¿Encontraría alguna vez a ese amor de ojos grises que la perseguía en sus sueños?